

## CAPÍTULO I

Por sexta vez consecutiva durante aquella jornada, la joven y bella viajera se detiene a descansar, y a asegurarse de que el terrible poder mágico que ha llevado la muerte a Dilberain, su ciudad natal, ha dejado de perseguirla.

Después se inclina sobre su poderosa montura bicéfala y le ordena:

-¡Adelante “Furia del Viento”, llévame a lugar seguro! –Y, agarrándose con fuerza a las riendas de su montura, reemprende la marcha en dirección al suroeste.

Ha salido de su hogar en Dilberain y su única intención es llegar a la isleña ciudad de Thanaria antes del anochecer, aunque para ello deba sacrificar la vida de su animal que, tras cinco horas de intensa galopada, casi no puede dar un paso más.

-¡So! –La joven desmonta de un salto, y acaricia el lomo de su caballo de dos cabezas –. Está bien, me has convencido, ganaremos mucho más si los dos descansamos –despoja a la bestia de la silla y las correas, y lo deja ir en busca de alimento y agua.

Ella, tras quedar sola, decide tenderse sobre la verde hierba para dormir algo antes de reemprender el camino.

No ha hecho más que dejarse caer a tierra, cuando una flecha surca el cielo y se clava en la tierra a pocos centímetros de su cabeza.

-¿Es tuyo el bicéfalo que se ha atrevido a cortejar a mi yegua?

-Quizás ¿Quién lo pregunta? –Sin mostrar el mínimo síntoma de espanto ni temor, se incorpora y empuña sus dos pequeñas espadas, dispuesta a luchar.

-Ulbrin, cazador y leñador venido desde Tuzhand.

-Bien, bien... Ulbrin de Tuzhand, creo que el hecho de que mi montura corteje a la tuya no es motivo suficiente para disparar una flecha cuando no podía defenderme.

-Tenéis razón bella damisela, mi reacción ha sido desmesurada, pero uno no puede fiarse de nadie después de haber visto lo que yo he visto. –Ulbrin guarda su ballesta y, cogiendo la mano de la joven, la besa con delicadeza—. Nuevamente pido disculpas por mi estúpido comportamiento.

-¡Déjese de memeces y explíqueme qué es eso tan fabuloso que afirma haber visto! -Sin dejar de vigilar al hombre, la chica envaina las espadas, y se sienta en el suelo para escuchar.

-¡Oh, no! Todavía no, me niego a contar nada a alguien tan grosero como para no presentarse ante mí, algo impropio en una joven tan bella y de aspecto tan noble como el suyo.

-Eres demasiado galante para mi gusto, pero si insistes... – Sin alzarse de tierra, la joven responde con cierto tono altanero en su voz. –Me llamo Daisa, nacida en la rica e importante ciudad de Dilberain, y presto mis servicios como guardaespaldas a todo aquel que pueda pagarlos. ¿Deseas saber algo más de mí?

-Sí, sólo una cosa más. ¿Por qué has abandonado tu hogar, si es tan magnífico como afirmas?

-La Oscuridad me obligó a ello, la terrible Oscuridad, que llegó con el amanecer, arrastrándose por los campos, congelando todo aquello que tocaba... Yo pude salvarme gracias a mi caballo que me alzó de la cama al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo; después, alguien me advirtió de que si quería detener el poder de la Oscuridad debía encontrar a un mago de la isla de Thanaria, un tal Aurum que me ayudará a alcanzar mi objetivo.

-Es interesante y, si no fuera por la distancia que separa Tuzhand de Dilberain, diría que se trata del mismo poder maligno que me ha impedido regresar a mi casa, y me ha obligado a partir hacia el Oeste –El hombre frunce el ceño y, tras acariciarse la espesa y rizada barba, lanza un silbido llamando a su animal, una hermosa yegua blanca que se acerca al galope y le saluda rozándole la espalda con el hocico.

-¡Quieta, pequeña!

-¿Y mi caballo?

-¡Oh, no te preocupes por él, allí esta! –Ulbrin hace un gesto con la cabeza en dirección a un pequeño montículo donde se encuentra el caballo bicéfalo de Daisa, que permanece inmóvil observando algo en la lejanía.

-¿Qué demonios hace allí arriba?

-Está..., observando algo.

-¿Qué? –Antes de que el Tuzhandés responda a la pregunta, “Furia del Viento” baja del montículo y acude junto a su ama. ¿Qué ocurre, precioso? –El animal relincha nervioso y patea el suelo con sus cascos delanteros.

-¡Sube a tu bicéfalo y salgamos de este lugar antes de que lleguen! –sin esperar una palabra de su compañera, Ulbrin de Tuzhand monta sobre su yegua, y parte raudo dejando a Daisa sola.

-¿Puedo saber qué sucede?

-Chica, no preguntes y galopa, y sobretodo, ¡no mires atrás por nada del mundo!

Tras varios kilómetros galopando intensamente, finalmente Ulbrin obliga a su animal a frenar en seco.

El sol del mediodía cae sobre ambos jinetes con toda su intensidad y, hambrientos y agotados, los dos deciden desmontar y descansar mientras comen para reponer fuerzas.

Mientras, los dos animales pastan a su lado, y vigilan los alrededores atentos a cualquier cosa extraña.

Durante varias horas los dos aventureros se dedican a entrenarse y a afilar sus respectivas armas y, muy de vez en cuando, se dirigen una palabra para pedirse algo o para quejarse del clima y de las circunstancias que los han obligado a llegar a un rincón tan lejano de sus hogares.

Es noche cerrada cuando deciden recoger sus pertenencias, y seguir su camino.

-¡Escucha, hay alguien cerca! –Tras montar sobre su yegua, el hombre de Tuzhand queda rígido y, con toda la cautela y la rapidez que le es posible, carga su ballesta y apunta a algún lugar en la negra oscuridad-. ¡Seas quien seas, sal de tu escondite! – Como única respuesta a la orden de Ulbrin, una enorme criatura de color negro y ojos rojos como la sangre se materializa ante ellos.

-Ya te he obedecido humano, ahora prepárate para morir, pues mi sed de sangre es enorme –La horrible criatura, sin pensarlo dos veces extiende sus negras alas y, elevándose unos metros sobre el suelo, se abalanza en dirección al paralizado Ulbrin.

-¡Quieta, criatura! –La voz de su compañera, suena de repente con impresionante fuerza y firmeza, haciendo que el vampiro negro se detenga y clave sus terribles ojos carmesí en los suyos-. ¡Corre Tuzhandés, yo lo detendré y me reuniré después contigo!

-¿¡Cómo piensas hacerlo!? Tus armas no pueden herirlo.

-¡Necio! No pienso enfrentarme a él cara a cara –Daisa salta y, de un empujón aparta, a su compañero del alcance del monstruo, que se lanza furioso contra ella.

-¡Corre, Ulbrin!

-¿Y tú?

-Se cuidarme. –Por primera vez en todo el día, la chica sonríe para después, volver a centrar su atención en la bestia y,

ante el asombro del vampiro y del tuzhandés, se lanza al ataque contra la criatura nocturna, empuñando sus dos espadas, mientras recita a toda velocidad un viejo hechizo, que encadena a monstruo al suelo durante el tiempo suficiente para que ellos dos huyan del lugar a lomos de sus respectivas monturas.

-¿Puedes decirme qué es lo que has hecho con él?

-Nada, nos hemos librado de él, y es lo que verdaderamente importa.

El sonido del agua cercana llega hasta ellos, y la chica pica espuelas a su caballo, que acelera y se planta en poco tiempo en la orilla del lago, en cuyo centro emerge la pequeña isla de Thanaria, destino de la joven aventurera.

-¡Thanaria!

-¿Cómo llegaremos? –Ulbrin no tarda en llegar a la orilla y agudiza su mirada para observar la lejana isla-. Está demasiado lejos para llegar nadando.

Tras cinco minutos de incertidumbre, los dos siguen sin hallar una solución al problema que les plantea el cómo llegar a Thanaria.

Finalmente, se miran fijamente y deciden esperar al amanecer para buscar la manera de alcanzar la isla, cuando, de repente, un alegre silbido llega desde el enorme lago, acompañado del sonido de un remo chapoteando en el agua.

-¿Buscáis ayuda, viajeros? –Pregunta con voz chillona el extraño ocupante de la barcaza que acaba de golpear la orilla del lago. -¡Seguro que buscáis ayuda!

-¿Quién eres?

-Thorik, el barquero del lago.

-¿Eres un lacironés? –pregunta Daisa con desconfianza.

-¡Sí, lo soy! –Thorik salta de la embarcación y se inclina cortésmente ante ella. En la oscuridad sus dos pequeños cuernos plateados brillan y él sonrío.

-¿Podemos fiarnos de él?

-¡Claro que sí! –El extraño personaje se incorpora de pronto y, tomando la mano de Ulbrin, intenta arrastrarlo a la barca que flota en las aguas del lago-. ¡Vamos, subid a mi barca, yo os llevaré a la isla!

-¡Quieto, amigo! –Daisa saca una de sus espadas y amenaza con ella al asustado Thorik, que retrocede. –Tu debes querer algo de nosotros, verdad, lacironés?

-Bueno, pensaba pedirnos dinero por pasaros hasta la isla, pero...

-Si es por el dinero no hay problema, amigo –para asombro de Daisa, Ulbrin rebusca en su zurrón de cuero, y saca finalmente un saquito de tela del que extrae varias piezas de plata-. Como verás, podemos pagar tus servicios, así que si tienes algún otro problema quizás deberías contárnoslo, y tal vez podamos ayudarte

–lanza una moneda a las manos de Thorik que una vez ha comprobado su autenticidad se la guarda en su taleguilla.

-Subid a la barca y os contaré.

Thorik rema rápido y con destreza, mientras, tal y como habían acordado, se decide a confiar a sus dos pasajeros la siguiente historia.

-Veréis –comienza-. Yo no soy más que un humilde barquero, al que muchas veces los propios clientes de mis servicios han acabado por robar e incluso, alguna que otra vez, apalazar. Pero eso, ahora, no viene al caso puesto que sigo vivo y puedo trabajar; yo lo que de verdad necesito es que ayudéis a mi hermana pequeña, se llama Gorina y aunque se gana la vida con el arte del robo, no es mala chica, ahora bien, es algo irresponsable, y su última hazaña no fue otra que asaltar al Marqués de Tañaría, a pesar de que sabe perfectamente que es una mala persona y que no tendrá compasión con ella.

-Bueno, si se trata de una ladrona, se lo tiene merecido.

-¿Siempre eres tan dura con toda la gente? –Ulbrin frunce el ceño y pide al barquero que siga con el relato.

-Gracias, pues bien, sólo os pido que intentéis rescatarla, y la llevéis al lugar que ella misma os indicará, yo acudiré allí una vez sepa que está a salvo.

La barca, suavemente, va acercándose a la isla, guiada por la mano firme y segura de Thorik.



-Queremos algo a cambio. Como debes comprender no vamos a conformarnos con que nos lleves hasta la isla...

-Claro señorita, y creo que tengo lo que está buscando, pues conozco vuestro destino, pero antes me gustaría volver a ver a mi hermana –el lacironés, una vez llegados a la isla, salta de la embarcación y amarra ésta con una gruesa soga.

-No se hable más, dinos dónde está tu hermana, y te garantizo que pronto estarás con ella –Ulbrin baja de la barca y ayuda al dueño a empujarla para adentrarla más en tierra firme, con el fin de que el poderoso oleaje de las aguas del lago no la arrastre.

-Gracias, noble señor, sabré agradeceréselo –con mucha gracia, Thorik se inclina ante el divertido Ulbrin que, sonriendo, le hace incorporarse-. Ahora, si me escuchan, les diré donde está mi hermana cautiva -Aprovechando un instante en que la luna aparece por entre las nubes, Thorik señala con su derecha un gigantesco torreón de color gris oscuro, con una sola ventana en lo más alto.

-¿Quién vigila eso? –Daisa fuerza la vista intentando vislumbrar algo en la pequeña ventana–. Imagino que debe haber algún guardián.

-Claro que los hay, es por eso que necesito vuestra ayuda – responde el barquero mientras, en un trozo de tela, y usando un pedazo de carbón, escribe algo que después entrega al Tuzhandés que lo lee en voz alta.

-“A la atención de Baljik, el armero: Por favor, entrega lo que tú ya sabes a estas dos personas. Son de confianza.”

-¿Qué se supone que es lo que este amigo tuyo debe entregarnos? –Ulbrin dobla el trozo de tela y se lo guarda.

-No puedo decirlo, ya lo sabréis cuando lo tengáis, ahora, buen amigo, debo dejaros, seguro que hay más gente deseosa de llegar a la isla –y, dicho esto, vuelve a empujar su embarcación hacia el agua, desata la cuerda y, tomando impulso con su remo, se adentra en el lago.

-¡Thorik!

-¿Sí?

-Cuida de nuestros caballos, búscalos algún lugar seguro, te daré dos monedas más por ello.

-¡De acuerdo, señor!

Pronto, Thorik desaparece de la vista de los dos viajeros, adentrándose con su barcaza en las oscuras aguas.